

CICLOFERON®

Prof. Amado Saúl Cano

Dr. Enrique Hernández-Pérez

Director del Centro de Dermatología y Cirugía Cosmética, San Salvador.

Ex alumno del Centro Dermatológico Pascua.

*He combatido el buen combate
He terminado mi carrera
He conservado la fe*
TIMOTEO 4:7

Sabíamos que Amado estaba enfermo y que ya había luchado denodadamente por su salud, pero ciertamente la noticia de su fallecimiento nos entristeció muchísimo. Amado fue el ejemplo típico del Profesor que cuida de sus alumnos y mantiene la honestidad hasta el límite de sus fuerzas. Fue un ejemplo clásico de ética, honestidad y de la capacidad de dar todo de sí sin esperar nada a cambio.

Conocí al Prof. Amado Saúl Cano en 1965. Yo era un médico recién graduado y él, nuestro Maestro inmediato, con apenas 34 años de edad, fungiendo ya como Jefe de Enseñanza en el Centro Dermatológico Pascua. Con tan escasa edad cronológica ya daba muestras absolutas de liderazgo y conocimientos. Sin embargo, el liderazgo lo demostraba con su actuación firme y la cercanía con nosotros, sus alumnos; con todo, siempre supo mantener la distancia justa, para no romper esa dimensión que a él lo mantenía como el Profesor. En aquella época, en el antiguo Pascua de Barragán y Garcíadiego, en la colonia Doctores, no éramos más de siete residentes, de los cuales cuatro éramos extranjeros: dos panameños, un dominicano y yo, un salvadoreño que tenía que integrarme como fuera con los bochincheros y festivos amigos caribeños. Con el ejemplo de Amado, que no necesariamente con la ayuda de sus palabras sencillas y amenas, aprendí que la carrera es larga, pero si se toma

con tesón y buena voluntad, los réditos serán imponderables. De Amado aprendí la puntualidad, el hábito indoblegable por el estudio y la capacidad para estar siempre al día en todo, incluyendo sus obligaciones administrativas. Ni duda cabe de la sagacidad que mostró el Maestro Latapí al escoger a Amado como su Jefe de Enseñanza y su obligado sucesor. Y Amado, su alumno preferido, cumplió su cometido a cabalidad, mostrando su lealtad inquebrantable como otra más de sus cualidades especiales. Fue un más que digno sucesor. Y cumplió a cabalidad el blasón del Maestro: *"Sin ánimo de glorias ni honores"*.

En el Pascua de marras, las actividades comenzaban muy temprano los lunes y terminaban pasado el mediodía de los sábados. La semana cerraba con la presentación de artículos seleccionados por Amado o por el Maestro Latapí, para cada uno de nosotros, de acuerdo con lo que ellos consideraban nuestras preferencias. No había una clara distinción entre los médicos que hacíamos los dos años obligatorios para que nos acreditaran como Dermatólogos y otros que ya los habían concluido y estaban preparándose para seguir sus estudios en otro país. Entre ellos recuerdo a Noemí Lozano, Ramón Ruiz Maldonado, Rodolfo Fierro y Normita Violante.

El cuerpo de Médicos adscritos era también muy reducido, al menos los que veíamos más de cerca. No puedo olvidar a Yolan Ortiz, continuamente estudiando y revisando toda la bibliografía existente, interviniendo en todas las discusiones clínicas posibles y maravillándonos con sus co-



nocimientos más que enciclopédicos; a Manuel Malacara, siempre ameno y ocurrente, pero con una gran capacidad clínica; a Eduardo Castro, gentil, caballeroso y servicial; a Pedro Laval, tímido e introvertido, pero profundo conocedor de la Micología; a Obdulia Rodríguez la veíamos poco, aunque conocíamos su gran capacidad y su pasión por los enfermos de Hansen. Éste era el mundo en el que nos desenvolvíamos y que dirigía Amado Saúl con mano suave pero firme.

Raquel, mi esposa, y yo vivíamos en Álvaro Obregón, en un departamentito minúsculo pero “muy mono” a decir de Yolán, a muchas cuadras de distancia del Pascua. Al menos la mitad de nuestra magra bolsa de estudios se dedicaba al pago del local. Como no disponíamos de coche, el trayecto hasta el Pascua lo hacía siempre caminando, y no alcanzaba a comprender por

qué me duraban tan poco mis zapatos. En ese departamento tan minúsculo celebrábamos a veces el santo del Maestro Latapí, y además del pastel, disfrutábamos de la música interpretada por Amado, con su afinada guitarra y entonando melancólicas pero bellas canciones salidas de su inspiración. Era un consumado músico y compositor, aunque nunca entendí tampoco de dónde obtenía el tiempo para sus disquisiciones románticas plasmadas en bellas melodías. Era la época del bolero, de *Magia blanca*, de *Contigo en la distancia*, de *Imágenes*, de los inicios de un pianista y compositor yucateco, chaparrito, moreno, que revolucionó la cultura del bolero a nivel internacional; también eran los inicios del “Príncipe de la canción” cautivándonos con la música de Manuel Alejandro.

De Amado aprendí, además de muchas más cosas, el arte de preparar trabajos para publicación en revistas científicas, las revisiones bibliográficas y la forma de sacar conclusiones más atinadas y concretas. Amado era muy versado en redacción y ortografía –áreas en las que los médicos a menudo estamos algo distantes–, así como en el difícil arte de expresar con claridad lo que ansiábamos decir. De él escuché que había dos clases de médicos, aquéllos que eran excelentes clínicos y brillantes conferencistas, y otros que eran genuinos artistas al expresar impresos en libros o revistas científicas, en forma clara, concisa y sencilla los temas



CICLOFERON®

más complicados y los problemas clínicos más intrincados. Amado decía que eran raros aquéllos en quienes se combinaban ambas virtudes. Son *rara avis*, solía decir. Y sin proponérselo se estaba describiendo a sí mismo.

Más o menos una vez al mes había una reunión de profesores y alumnos, un convivio en algún restaurante, invitados por ciertos laboratorios. Consumíamos botanitas, cervezas y otras bebidas más fuertes, sin propasarnos —a veces sí lo hacíamos cuando salíamos sin los profesores—, disfrutando de la sapiencia de Amado no sólo como músico, sino como conocedor de las melodías y sus compositores. A las salidas de sólo residentes con pocos o ningunos profesores, Yolan las bautizó como “convivios científico-alcohólico-literarios”. En algunos de ellos nos acompañaba Amado y aprendimos que también sabía ser divertido y dicharachero, así como un auténtico erudito.

Amado Saúl quería y respetaba mucho a Raquel, mi esposa. En uno de aquellos convivios estábamos en una mesa larga y quedaron enfrente Raquel y Amado. Raquel tenía dificultades para tomarse un trago de tequila y Amado, que la vio en ese trance, le insistió que se lo bajara con un gusano de maguey. El bicho, gordo y blancuzco, parecía tostado, al menos por fuera, como si fuera un chicharrón. Raquel lo puso en su boca, pero en

cuanto lo mordió, lo sintió lleno de un aceite de un sabor muy especial que se le hizo imposible deglutir; su primera intención fue sacárselo de la boca, pero teniendo enfrente a Amado Saúl, mi Profesor, que la estaba observando y esperando que ella se lo agradeciera, no le quedó más remedio que engullirlo, bajarlo inmediatamente con el tequila y dar las gracias a Amado.

Amado Saúl respetaba profundamente al Maestro Latapí y le era absolutamente leal. Y la lealtad es una de esas cualidades más difíciles de encontrar entre las personas, no importando su nivel cultural, sino su grado de ética, honestidad, cualidades morales, así como un auténtico e inquebrantable aprecio por su mentor.

A Amado Saúl lo distinguí con mi aprecio más sincero por sus cualidades y las enseñanzas que nos legó. Fue siempre un orador suave, de gran erudición, pero preciso y convincente, un escritor médico prolífico y brillante, un gran organizador, un caballero dotado de una tremenda modestia y, sobre todo, de una humildad a toda prueba.

Con Yolan Ortiz, Amado Saúl y su servidor, conformamos una generación de clínicos chapados a la antigua, siguiendo el consejo Latapiense: “*si quiere aprender Dermatología, estúdiela en francés*”, y tanto La Dermatologie de Robert Degos, como la Encyclopédie Médico Chirurgicale fueron nuestros textos de cabecera y sabíamos recitar de memoria párrafos enteros de ambas obras con todos sus epónimos y sinónimos.

Ahora que Amado Saúl se nos ha adelantado, lo recordaremos siempre con su sapiencia, pero sobre todo, por su modestia y humildad, cualidades muy difíciles de encontrar en un personaje de tan elevada estatura científica.

Vayan para él nuestras oraciones sumadas a nuestros más sinceros agradecimientos.

